

# ¡Puñetero duende!

Pasqual  
Alapont

Dibujos de  
Eudald  
Palma



## Alguien aparece en la noche

A David le habían prohibido leer, y eso era lo que más le gustaba en el mundo, más que cualquier otra cosa. Leía tanto como podía: en el recreo, encerrado en el váter o a escondidas en la cama. Le gustaban sobre todo los libros de aventuras, con personajes que vivían situaciones extraordinarias, que estaban a punto de perderlo todo, incluso la vida, pero que terminaban sobreponiéndose a las dificultades, derrotando a los malvados y salvando a los buenos.

Le gustaban los héroes. El ejemplo de sus proezas era tan importante para él como lo que aprendía en el colegio. Si un personaje tenía que realizar una travesía por las montañas en lo más crudo del

invierno, allá que se iba David, equipado solo con su imaginación, y entonces era capaz de sentir el frío en los huesos, cómo los músculos se le tornaban rígidos o que no podía avanzar ni un paso. Gracias a los libros había vivido aventuras que gente más mayor no viviría nunca, aunque fuesen al Congo o a la luna.

Pero su pasión era tal que sus padres estaban preocupados y lo vigilaban de cerca. Tenían miedo de que confundiese los límites de la fantasía, de que llegase a creer que lo que leía era más real que la realidad misma. De pequeño había tenido un amigo invisible, y le había durado más de lo normal. Sea como fuere, pensaban que no debía ser bueno que un chico de su edad pasara solo tantas horas.

Cuando estaba encerrado en su habitación, a menudo lo llamaban.

—¿Qué haces, David? ¿Otra vez leyendo? ¿Por qué no sales un rato?

Y él respondía:

—No estoy leyendo, estoy haciendo los deberes.

Pero cuando sentía que el peligro había pasado, apartaba el cuaderno y continuaba con la lectura. ¿Confundir, él, realidad y ficción? Le gustaba leer y ya está. David no estaba loco. Sabía que los dragones no existen, aunque era muy divertido imaginar que podía montar a pelo sobre su grupa y que caía en barrena por un precipicio. Era eso

lo que conseguía con la lectura: volar. Pero nunca hubiese imaginado que pudiese hacerlo fuera de los libros. ¿Volar? ¿Cómo? Si solo con sacar la cabeza por la ventana ya sentía vértigo. No, David conocía de sobra los límites entre la realidad y la fantasía.

Por eso, cuando vio lo que vio, se asustó y sintió un escalofrío. Sabía que las criaturas como los gnomos no existen, y menos aún se te suben al escritorio y se tumban bajo el flexo como si estuviesen tomando el sol y leyendo el periódico en la playa. Cuando vio lo que vio, David se frotó los ojos, por si acaso lo había engañado algún efecto óptico. Pero no, allí estaba aquello, una especie de persona de dos palmos de altura, curioseando en sus papeles. El enano era de tez rojiza; vestía una casaca de color avellana, unos pantalones de felpa y unas botas de media caña llenas de barro. Al tratar de respirar, David debió de hacer algún ruido, porque el desconocido levantó los ojos, lo miró y sonrió.

—¿Has dibujado tú esta chimenea? —preguntó mientras le enseñaba su propio trabajo de plástica—. Está torcida. No tienes mucha mano para el dibujo, amigo.

David lanzó el libro y la sábana al aire, y buscó el camino de la puerta muerto de miedo, como si en lugar de a aquel hombrecillo hubiese visto una

llamarada de fuego quemándolo todo y avanzando hacia él.

Mientras corría escaleras abajo no paraba de gritar, y en un santiamén llegó adonde estaban sus padres. Entonces, de repente, se quedó sin voz. Los ojos se le salían de las órbitas, y no paraba de dar saltitos como si el suelo estuviese lleno de brasas.

Su padre saltó de la silla y lo sujetó de los hombros. La madre también se levantó, pero en lugar de ir hacia él, retrocedió y se llevó la mano a la boca. Aún no sabía a qué tenía que temer.

—¿Qué te pasa, hijo?

David señaló con el dedo hacia arriba, hacia su habitación.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hay arriba? ¿Una rata?

El chico negó con la cabeza. Estaba hecho un manojo de nervios, y en la excitación se dio golpes en el pecho y se arañó el cuello. Daba la sensación de haberse atragantado. El padre vio que no tenía sangre ni ningún signo de violencia y lo obligó a sentarse.

—¡David! ¡David, por favor, mírame a los ojos!  
¿Qué pasa?

—Una desgracia, seguro —gimió su madre—.  
¡Dios mío, ayúdanos!

David la miró y puso los ojos en blanco. Volvió a señalar con el dedo y gritó:

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!



Por fin podía hablar. No es que hubiese dicho ninguna novedad. Había quedado claro que el problema, fuese lo que fuese, venía de las alturas. Pero ya era algo saber que no se había quedado mudo del susto.

—¿Qué pasa arriba? —preguntó su padre.

«Buena pregunta», pensó David. Y ahora que podía hablar, ¿cómo se las ingeniaba para explicar que en su habitación había una cosa de unos treinta centímetros que le había criticado un dibujo? Le dio por reír, una risa nerviosa, y acto seguido se frotó los ojos y se echó de cabeza en el sofá.

Sus padres se miraron fijamente y el hombre tomó una decisión. Cogió el atizador que tenían colgado en la pared y subió las escaleras. David y su madre esperaron con el corazón en un puño. Pasaron unos segundos, casi un minuto. Entonces, la voz de su padre sonó alta y clara.

—Sube, hijo —dijo.

—¿Qué era eso? —preguntó David con un hilo de voz, y como si, fuese lo que fuese, le provocara una repugnancia atroz.

—Sube, por favor —repitió el padre.

Madre e hijo subieron por las escaleras. El corazón de David palpitaba con un tictac endemoniado. No se atrevió ni a cruzar el umbral de la puerta.

—¿Lo has visto? —preguntó.

Su padre hizo una mueca para mostrar su extrañeza.

—¿Qué es lo que debería haber visto?

David miró encima del escritorio. El flexo estaba encendido e iluminaba el dibujo de una fábrica. El chico lo cogió. La chimenea no le parecía tan torcida. Al fin y al cabo el profesor le había puesto buena nota.

—David, hijo —insistió el padre—, ¿qué te ha pasado?

—Había algo ahí —comenzó el chaval, y en voz más baja, casi inaudible, dijo—: un enano.

Al padre le pareció oír «un enano», pero, claro, eso era imposible.

—¿Un qué? —preguntó.

—Un enano —repitió David.

Ahora no cabía la más mínima duda. La madre también había oído lo que había oído, y abrió la boca para decir algo, pero no llegó a hacerlo.

—¿Un enano? ¿Te refieres a un enano? ¿Una persona así? —el padre se llevó la mano a la cintura.

—No, así —David se puso la mano en la rodilla. Le daba un poco de vergüenza haberse asustado por tan poca cosa.

—¿Un enano de cuento? ¿Aquí, en casa? ¿Es eso lo que quieres decir?

David tenía claro que su padre no era idiota. Sabía de sobra a lo que se refería, pero le debía



de parecer demasiado fuerte. ¿Y qué se creía? Más fuerte le parecía a él, que había tenido que verlo.

De pronto la madre se abalanzó sobre el escritor.

—¿De dónde ha salido todo este barro, David? ¿Qué has hecho? Te he dicho mil veces que no pongas los pies encima de la mesa.

—No es mío. Ha sido el enano. Llevaba las botas sucias. Estaba aquí. Tenía este dibujo entre las manos y me ha dicho que... que...

David miró a sus padres, primero a uno y luego a otro. Estaba claro que no le iban a creer. Todo aquello de la chimenea torcida... No sabía ni por dónde empezar.

—No he sido yo —repitió obstinado.

—¿Y entonces quién ha sido? —El padre hablaba en voz baja, como si quisiera sonsacarle—. ¿Tu amigo invisible?

—¡Qué amigo invisible ni qué narices! No tengo ningún amigo invisible. Los amigos invisibles no existen.

David empezaba a estar harto. Todo aquello le parecía una locura.

—¿Has estado leyendo, verdad?

—¿Leyendo? No, qué va, estaba...

Su padre recogió el libro del suelo y se lo enseñó.

—Bueno, sí, quizá he estado leyendo un rato —tuvo que admitir.

—Eres muy impresionable —dijo su madre—. La imaginación es un don, pero a veces nos puede jugar una mala pasada. A lo mejor lo que has leído te ha afectado de alguna manera y te ha hecho ver lo que no era.

En un impulso, David cogió el libro que su padre sostenía entre las manos y leyó el título.

—*La expedición de Scott al polo Sur*. Eso era lo que estaba leyendo, un libro sobre el expedicionario inglés y su viaje a través del hielo antártico. ¿Puedes decirme qué tiene eso que ver con un enano?

David pensó que quizá hubiese sido mejor que se le hubiese aparecido el mismo Scott arrastrado por un trineo. Eso aún tendría una explicación, pero ¿un enano? ¿De dónde diablos se lo había sacado?, ¿de qué rincón de su cabeza? Se dejó caer en la cama y miró al vacío. No entendía por qué sus ojos podían haberlo engañado tanto. Más que miedo sentía un gran desconcierto.

El padre recogió el libro y lo depositó en la librería. La madre barrió el barro reseco con la ayuda de un folio y lo echó a la papelería. Aquel barro era una fuente de preocupación; David estaba seguro de no haberlo llevado consigo.

Y sin embargo dijo:

—Debo de haberme dormido mientras leía y habré soñado todo eso del enano.

–Sí, has tenido una pesadilla. –La madre se aferró a esta explicación. Tenía lógica, y eso la tranquilizaba—. Pero ahora estás despierto y no hay ningún enano, ¿verdad?

David se rió.

–Claro que no hay ningún enano. Los enanos no existen. Son cosa de cuentos, fantasías.

–Te has llevado un buen susto. ¿Estás mejor?

–Sí. Siento haberos molestado.

–Todos tenemos pesadillas. Eso es normal.

«Eso es normal», había dicho su padre. Por lo tanto, la situación estaba controlada. No había nada que temer. «Los enanos no existen. Todos tenemos pesadillas. Eso es normal».

–Ahora es mejor que vayamos a dormir. ¿Te has limpiado los dientes, David?

–Enseguida.

Los padres volvieron a la sala de estar y David fue al cuarto de baño. Mientras se limpiaba los dientes aguzó el oído. En el piso de abajo sus padres hablaban en voz baja. Le llegaron retazos de la conversación; hablaban de él: que si ya tenía casi doce años, que si pensaban que ya se le tendrían que haber pasado los miedos infantiles. No hacía mucho había sufrido pesadillas, y había tenido que dormir con la luz del pasillo encendida durante muchas noches.

Cuando volvió a la habitación no pudo evitar mirar sobre el escritorio, y también fue a mirar den-

tro del armario. Pero no había nada. Ni había nada debajo de la cama ni escondido bajo el edredón. Así es que se metió en la cama, se quitó las gafas y apagó la lámpara. La habitación no se quedó del todo a oscuras, entraba un poco de luz a través de la persiana, y aquí y allá se veía el reflejo de algunos objetos. David se cubrió la cabeza con la sábana y escuchó el tictac de su corazón.